

Los tropiezos precisarían bastantes más detalles que los que aporta su hermano de Orden.

Libro sencillo, propagandístico e interesante que proporcionará a los lectores más conocimientos sobre una Orden que fue, hasta no hace muchos años, importante y prestigiada. Ojalá aparezca pronto un nuevo P. Cámara que la devuelva al lugar que nunca debió perder.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

### **Juan López Tabar: LOS FAMOSOS TRAIADORES (\*)**

López Tabar, historiador para mí desconocido hasta el momento, pues no recuerdo haber leído o visto citado ningún trabajo suyo, ha publicado un libro muy importante sobre los afrancesados, que en adelante tendrán que utilizar quienes quieran referirse a la cuestión. Excelente en la aportación de datos y nombres, cae en las tan conocidas porturas irenistas de comprensión y aun de sublimación del caso, si bien hay que reconocer que no es de los más exagerados en ello.

Comenzaré por exponer mi opinión sobre el tema, que es la de la traición. En cualquier situación política en la que una nación se ve invadida por otra suele haber tres tipos de personas. Los patriotas que rechazan la invasión y se juegan la vida combatiéndola; los que rechazando en el fondo de su corazón la invasión extranjera, no se atreven, bien por falta de valor, bien por creer con fundamento que toda resistencia es inútil, a oponerse activamente a los invasores, destacando entre éstos por su compromiso, muchas veces mucho más formal que material, aquellos que por ser funcionarios o militares se ven en la precisión de prestar al invasor, o bajo el invasor, los servicios que venían prestando en la situación anterior: jueces, militares, obispos, alcaldes, administradores, funcionarios, canónigos, párro-

---

(\*) Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, 406 págs.

cos o simples administrativos. Por último están aquellos que, identificados intelectual y políticamente con los nuevos dueños de la situación se entregan a ellos de todo corazón.

Y luego viene la clave. Que hace de la traición, traición, o brillante carrera política: la victoria. Si Francia hubiera triunfado, y de modo permanente, el mapa político europeo sería otro. La frontera, hoy pirenaica, estaría tal vez en el Ebro. El Sur de España habría sido un Estado satélite de Francia en el que hubiera reinado José Bonaparte y, después, una de sus hijas y hoy sería seguramente una República en la que se seguiría hablando el castellano mientras que en los territorios de la ribera izquierda del Ebro se hablaría el francés. Los nombres de Azanza, O' Farrill, Cabarrús... tendrían la consideración de padres de la Patria y Castaños hubiera muerto en el exilio inglés sin que nadie recordara su nombre. Todas estas fantasías, y muchas más, serían posibles. Pero Napoleón fue derrotado.

Y una de las causas de esa derrota, de peso fundamental, fue la heroica resistencia de España, de toda España, a la invasión francesa. Porque fue toda la nación, desde el Bruch hasta Cádiz, desde Galicia y Navarra hasta la Serranía de Ronda, la que se levantó en una resistencia que algunos, o bastantes, seguramente los más ilustrados y también los más cobardes, consideraron imposible. Y decidieron no arriesgar sus vidas y las de sus familias, ni sus haciendas, combatiendo al invasor. La guerra fue cruelísima, hubo ciudades arrasadas, pueblos incendiados como represalia, mujeres y monjas violadas, patriotas asesinados sobre el terreno o muertos en sangrientas batallas, riquezas robadas en iglesias y palacios y hasta en pobres viviendas rurales, el grano y los ganados requisados...

Todo ello hizo que colaboradores de corazón o por las circunstancias creyeran que sus vidas estaban en peligro y siguieron a los franceses derrotados en su huida a Francia. Y naturalmente lo pasaron mal. Como lo pasaron mal todos los vencidos en todas las guerras a lo largo de la historia. El *Vae victis* clásico se repitió una vez más. Y es utópico lamentar faltas de perdón y generosidades en los vencedores. Había demasiado odio como para reclamar abrazos.

El primer capítulo del libro (págs. 23-102) nos parece el más trabajado e interesante. Encontramos en él una completísima nómina de afrancesados, bastante sistematizada, servicios que prestaron, modos de captación, bastante infructuosos por cierto, conjeturas, bastante fundadas, sobre el número de los tocados por esa tacha, clases que aportaron elementos importantes: ejército, clero, nobleza... Repito que es lo mejor del libro y será de consulta en el futuro.

El segundo capítulo trata del exilio (págs. 103-179) y es también excelente, si bien en exceso irenista. La disposición fernandina de 30 de mayo de 1814 abría las puertas de la patria aquellos huidos con escasas responsabilidades pero las cerraba a cal y canto a las figuras más representativas. Las peticiones de clemencia, bastante serviles por otra parte, no hallaron eco alguno en el primero de nuestros afrancesados, que fue Fernando VII. Tampoco consiguieron nada las reclamaciones del gobierno francés que quería librarse de la pesada carga económica que suponía alimentar a aquellos refugiados que, en su mayoría, carecían de todo.

Dedica especial atención a los escritos de aquel complicado personaje que terminaría sus días como efímero obispo de Málaga (1825-1827), el mercedario Fray Manuel Martínez, cuyo título más conocido, *Los famosos traidores*, sirve de cabecera a la obra de López Tabar.

El Trienio liberal supuso la posibilidad del regreso pero nada más. El nuevo régimen no contaba con ellos. Es el argumento del capítulo tercero (págs. 181-269) y da la impresión que el autor, fatigado del esfuerzo de las páginas anteriores, limita el foco de atención a media docena de afrancesados: Miñano, Reinoso, Burgos, Lista, el marqués de Almenara..., con especial atención a los periódicos que editaron en estos días y a la influencia de Bentham en España. *La Miscelánea*, *El Censor*, *El Imparcial* y *El Universal* son estudiados con detenimiento, así como las actividades docentes de Alberto Lista. El alejamiento progresivo de las tesis exaltadas supone una aproximación a Palacio que rendirá sus frutos en la década posterior.

El último capítulo "La hora de los afrancesados (1824-1833)" (págs. 271-353) se nos antoja excesivo en su pretensión. Mas bien podríamos decir que fue la hora de aquellos afrancesados a los que dedicó su atención en el capítulo anterior, más algún otro como Sáinz de Andino. Fueron todos eficaces colaboradores del ministro de Hacienda, López Ballesteros, y de la política moderada que se fue imponiendo en la "omino-sa década" y que llevaría a la desilusión, a la conspiración y hasta a la sublevación a los ultrarrealistas desengañados con las contemporizaciones de Fernando VII. Que no resulta de estas páginas un monstruo sanguinario sino persona más bien dedicada a ir alejando de su entorno a los que le habían repuesto en el trono en dos ocasiones y que constituían la inmensa mayoría de la nación.

El testimonio que el autor aduce de Alberto Lista, en el último año de la vida del monarca (1833), nos parece definitivo: "o mi ausencia de cuatro años me induce en error, o el espíritu de nuestra nación está en el día tan lejos de las preocupaciones del siglo x como de la democracia del xx. Pero en caso de optar precisamente entre estos dos sistemas, más bien se inclinarían los españoles al yugo apostólico a que están acostumbrados que al de la tiranía demagógica que vislumbramos en 1822 y que detestan" (pág. 351). Que terminaran aceptando el otro yugo, tras una guerra cruelísima que se prolongó hasta 1840, es otra cuestión, por otra parte bastante estudiada.

Estamos, pues, ante un libro muy importante cuya lectura recomiendo a quienes estén interesados no sólo en la cuestión de los afrancesados sino en la historia de nuestra patria en el primer tercio del siglo xx.

Errores he detectado pocos y de escasa importancia. El tan repetido en tantos libros de desconocer el santoral y hacer que santos de nombre compuesto: Pedro de Alcántara, Juan Nepomuceno, Tomás de Villanueva, Miguel de los Santos, Simón de Rojas... pasan a hacer de la segunda parte del nombre, el primer apellido del personaje en cuestión. En este caso concreto, ocurre con el afrancesado Simón de Rojas Clemente (pág. 222). De más importancia nos parece llamar "un tal José Imaz" (pág.

312), como si fuera algún desconocido, a quien fue ministro de Hacienda en los "seis mal llamados años" fernandinos, en el Trienio y tras la muerte del rey, con Martínez de la Rosa. O decir que, tras la muerte del rey, los personajes a los que dedicó especial atención: Miñano, Burgos, Reinoso y Lista, desaparecieron prácticamente de la vida activa. Concretamente, del segundo, dice: "Javier de Burgos llevó igualmente una vida retirada entre Granada, París y Madrid, donde murió en 1849" (pág. 358). Ministro de Fomento con Cea Bermúdez (1833-1834), lo sería de la Gobernación con Martínez de la Rosa (1834) y todavía con Narváez en 1846. No nos parece una vida tan retirada.

Más grave encontramos alguna otra afirmación como la de que "tras los golpes 1808 y 1820, buena parte de las instituciones del Antiguo Régimen han quedado seriamente tocadas, e incluso algunas, como el tribunal de la Inquisición, definitivamente hundidas" (pág. 280). La Inquisición resultó hundida no porque lo estuviera, sino porque fue el tributo que Fernando VII tuvo que pagar a su restauración por los Cien Mil Hijos de San Luis, ya que era una de las exigencias francesas en contra de las reclamaciones de su reposición que hacían clero, nobleza y pueblo español.

Y, sobre todo, que el autor se alinee con las tesis eximentes de la traición de algunos historiadores. Una cosa es que la podamos comprender y hasta juzgarla con benevolencia los que no fuimos víctimas de los horrores de aquella guerra, y otra es negarla. Los patriotas fueron Palafox y Álvarez de Castro, Daoiz, Velarde y Ruiz, Espoz y Mina, Merino y El Empecinado, los héroes del Dos de Mayo, los del Principado de Cataluña, los de la Junta de Burgos, los habitantes de Zaragoza y de Gerona, de Astorga, Ciudad Rodrigo y Molina de Aragón, los soldados de Bailén, los Arapiles, Vitoria y San Marcial, el obispo de Orense y los prelados que huyeron, con riesgo de sus vidas, de la dominación francesa... Azanza, O'Farrill, el marqués de Almenara, el duque de Frías, los obispos Arce y Santander, Urquijo, Arribas, Meléndez Valdés, Moratín, Lorente..., mal que le pese a López Tabar, fueron traidores. Los famosos traidores.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA